

LOS ANGELITOS DE SAN NICOLÁS AYOTLA, OAXACA

Abigail Meza Peñaloza

Posgrado en Antropología, UNAM

*Dichoso de ti, Ángel Bello,
que a la gloria vas a entrar
con tu pluma y tu corona
y vestido de cristal
Despedida de angelitos*

RESUMEN

Dentro del Proyecto “La muerte entre los esclavos negros y sus descendientes en el Ingenio de San Nicolás Ayotla, Oaxaca”, se han realizado excavaciones en un cementerio abandonado oficialmente a partir de la segunda mitad del siglo XX. Los objetivos principales del proyecto buscaban recuperar elementos de prácticas mortuorias afines a la población esclava de origen africano que laboraba en el ingenio azucarero durante el periodo colonial. Las exploraciones realizadas hasta el momento en las sepulturas modernas proporcionan evidencia del predominio del ritual funerario ligado con los lineamientos de la iglesia católica. En este trabajo se presentan los casos de individuos infantiles y se describen el ajuar funerario, el ataúd y tipo de sepultura que distinguió a cada uno de ellos.

PALABRAS CLAVE: tafonomía infantil, cementerio moderno, ritual funerario.

ABSTRACT

Our group has conducted archaeological excavations within a cemetery abandoned during the second half of the 20th Century, as part of the project

Death of African slaves and their descendants in the sugar mill of San Nicolás Ayotla, Oaxaca, Mexico. The purpose of our research was to understand the mortuary practices of a slave population of African origin that worked in a sugar mill during Mexico's colonial period. What we have found till now are practices that reflect the rituals of the Catholic Church. In this paper we offer the cases of burials of children and we describe their funerary offerings, coffins, and type of burial.

KEY WORDS: thaphonomy, child burials, cemetery, funeral rituals.

INTRODUCCIÓN

Como parte de las actividades del proyecto “La muerte entre los esclavos negros y sus descendientes en el Ingenio de San Nicolás Ayotla, Oaxaca”,¹ se realizaron excavaciones en el cementerio abandonado de Ayotla, localizado unos seis kilómetros al suroeste de la cabecera municipal Teotitlán de Flores Magón (o del Camino), Oaxaca. El sitio aparece en la carta de INEGI E14B86 Teotitlán como Ayotla (abandonado). En las excavaciones, destaca, entre otros hallazgos, la recuperación de enterramientos infantiles en las Unidades 2, 3, 7 y 8 (figura 1).

En este trabajo se presenta la información relacionada con los enterramientos infantiles explorados en dicho cementerio, en los que, además de recuperar los delicados restos óseos, también pudimos registrar los elementos culturales que acompañaron a los cadáveres: fragmentos de madera, metal y botones que evidencian parte del ritual que acompañó la deposición final de los cuerpecitos de aquellos niños que murieron antes de conocer el pecado, el mundo, “angelitos” que de acuerdo con la liturgia cristiana nacen y mueren para regresar al cielo (Márquez y González, 1985: 18).

La excavación y posterior análisis de los materiales óseos se basó principalmente en el conocimiento de la anatomía esquelética y los procesos de cadaverización del cuerpo humano, esfuerzos que se han mantenido en algunos de los proyectos de excavación; sin embargo, han ocurrido problemas en la recuperación y obtención de información relacionada con los esqueletos de sujetos infantiles y juveniles,

¹ Proyecto CONACyT, Clave 30891-H.

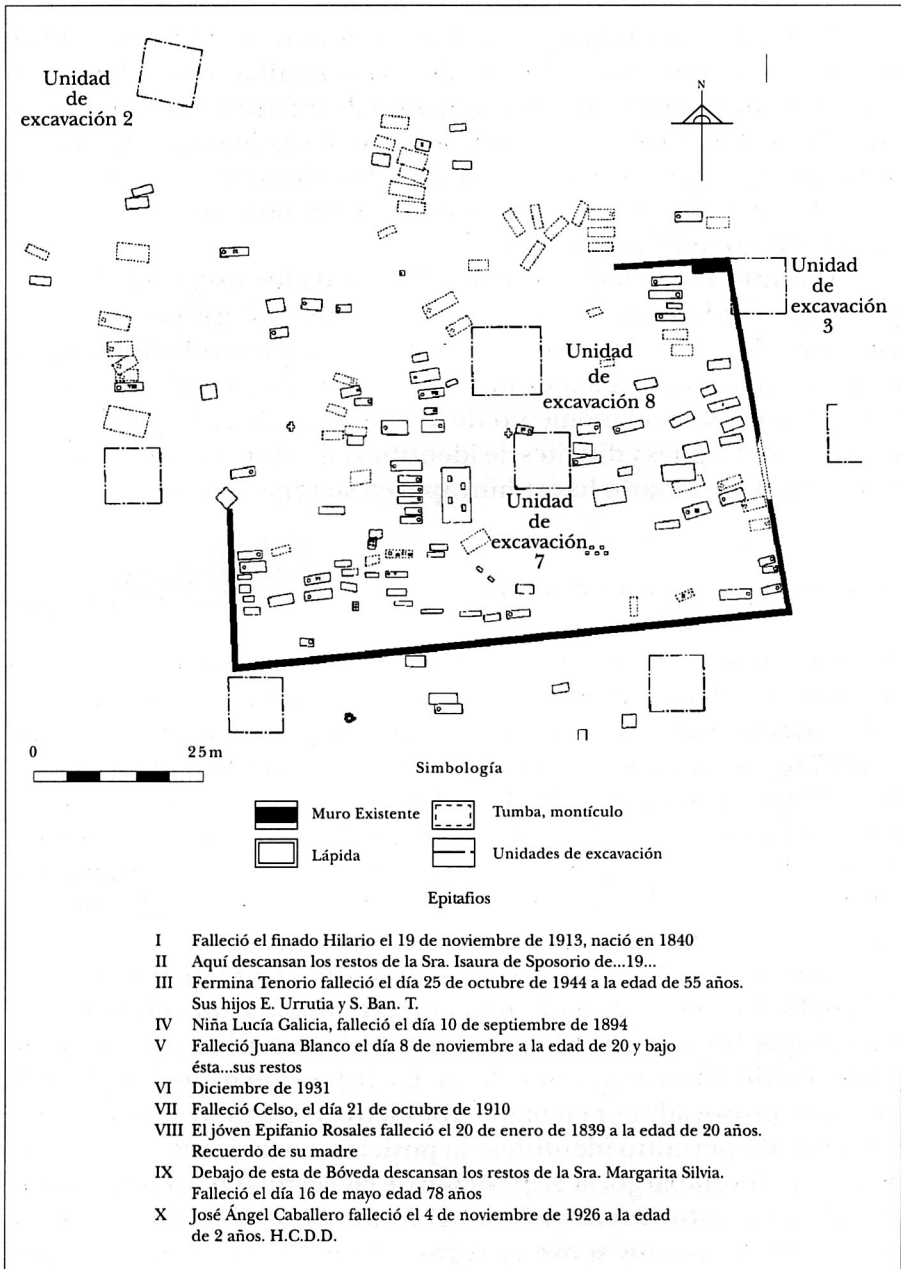


Figura 1. Mapa del cementerio de Ayotla.

debido a la fragilidad que presentan los huesos de individuos inmaduros; por lo que queremos resaltar la dificultad que encierra el excavar y documentar los enterramientos de infantes, ya que la formación del sistema esquelético inicia desde las primeras semanas de gestación a partir de pequeños nódulos de cartílago (centros de osificación primaria), los cuales crecen y van moldeándose, de manera general, a lo largo del desarrollo fetal.

Durante el periodo perinatal las unidades óseas manifiestan pautas particulares de desarrollo que permiten inferir la edad biológica del individuo, pero las piezas dentales, las epífisis y los huesecillos de pies y manos son elementos fundamentales para la determinación de la edad en el momento de la muerte, segmentos óseos extremadamente frágiles y difíciles de identificar durante las excavaciones, por lo que es necesario hacer hincapié en su registro y recuperación.

DESCRIPCIÓN DE LOS ENTIERROS

A continuación se describen algunos de los enterramientos infantiles recuperados dentro de las dos primeras temporadas de excavación del proyecto. Cabe mencionar que los tres primeros casos y el Entierro 7 se encontraron por fuera del muro Este que delimita al cementerio (Unidad de excavación 3); el Entierro 4 se excavó también por fuera de los límites visibles del cementerio, hacia el extremo Noroeste del sitio (Unidad de excavación 2); mientras los entierros número 9, 12, 15 y 18 se localizaron en el centro del cementerio (Unidad de excavación 7 y 8) (figura 1).

Entierro 1. Se localizó a escasos 70 centímetros del nivel natural del suelo; los restos esqueléticos corresponden a un sujeto recién nacido que fue enterrado directamente dentro de una fosa, sin la presencia de ataúd o caja mortuoria. La dispersión de los frágiles restos óseos, provocada por elementos bióticos (sobre todo por pequeños reptiles), no permitió identificar la posición en la que fue enterrado el cuerpo; sin embargo, la disposición de las costillas permite apreciar que el sujeto estuvo recostado en el fondo de la fosa, boca arriba y quizás con las manos sobre el regazo. Como elementos culturales asociados se localizó únicamente un botón de plástico cercano a la mandíbula.

Entierro 2. En este caso se detectó otra fosa donde se hallaron los restos esqueletizados de un infante de 2 a 3 años de edad; el cuerpo fue colocado de forma extendida sobre la espalda, con las extremidades superiores e inferiores extendidas a ambos lados. El estado de conservación de los huesos es bueno, a excepción del cráneo que está destruido (figura 2). En la muñeca derecha ostenta una pulsera de chaquira de la que pendía una medalla.

Entierro 3. A partir de la exploración de los túneles de los restos de un hormiguero, se ubicó otra fosa, que contenía un enterramiento. En el interior del ataúd había restos de un sujeto infantil de 9 meses a 1 año de edad. Estaba en posición dorsal extendida, con las extremidades superiores también extendidas y las manos en los costados. Los miembros inferiores estaban igualmente extendidos (figura 3). Además de clavos, madera y el forro del ataúd, había botones asociados.

Entierro 4. Se encontró una fosa angulosa de 120 centímetros de largo y 50 centímetros de ancho, donde se pudieron recuperar los restos de un infante de 12 a 18 meses de nacido. El cadáver de este pequeño estaba en un ataúd rectangular de madera, en posición dorsal extendida, con los brazos extendidos en los costados; las extremidades

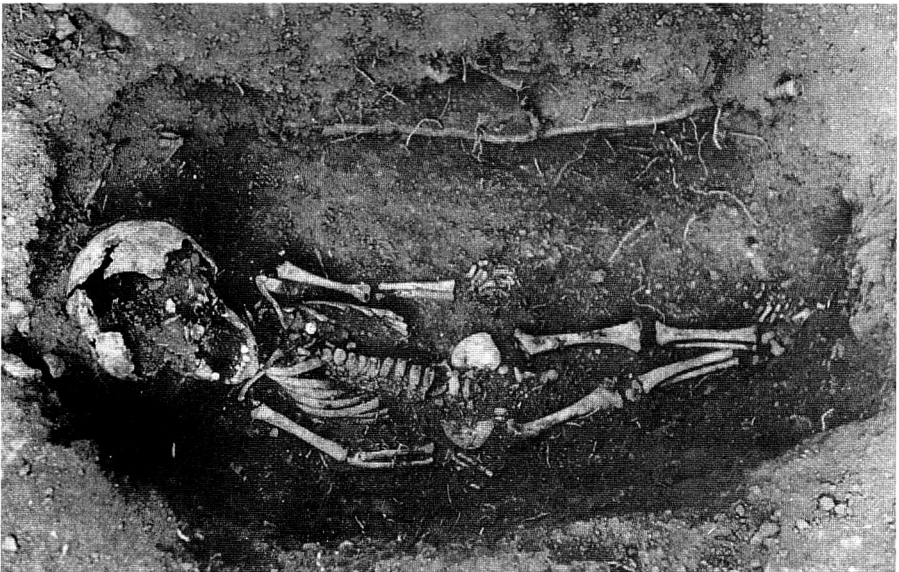


Figura 2. Entierro 2.

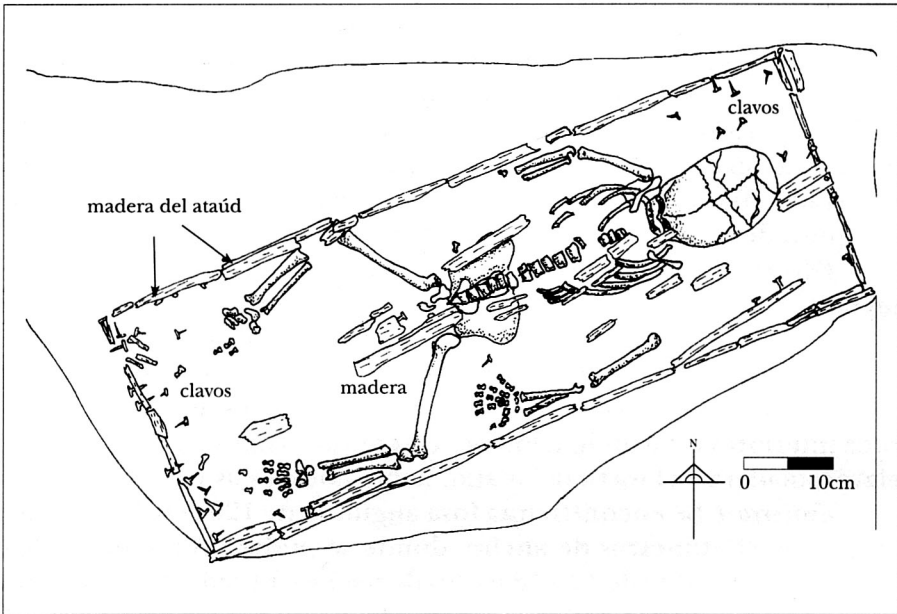


Figura 3. Entierro 3.

inferiores semiflexionadas a la altura de la articulación de las rodillas con las plantas de los pies juntas, formando con las piernas una especie de rombo (figura 4).

Además de los restos óseos se recuperaron restos del ajuar funerario: botones metálicos cercanos a la región de la cintura escapular (izquierda y derecha), porciones de textil por debajo de las escápulas, del cráneo y de la región cervical, lo que nos hacen pensar que quizás una capa envolvía el cuerpo. El cadáver se adornó con una corona elaborada con alambre metálico y flores de tela. Finalmente, una moneda de cobre de 1 centavo, acuñada en 1913, pendía de su cuello. Hasta el momento esta moneda es el único elemento asociado que nos remite hacia una posible cronología del sitio.

Entierro 7. Como primeros indicios de la presencia del entierro se detectaron fragmentos de textil, madera y clavos por encima del registro de la fosa. El entierro consta de los restos de un niño de 2 a 5 años de edad, colocado dentro de un ataúd de madera. El cadáver fue depositado de forma extendida, boca arriba, con los miembros superiores e inferiores extendidos (figura 5).

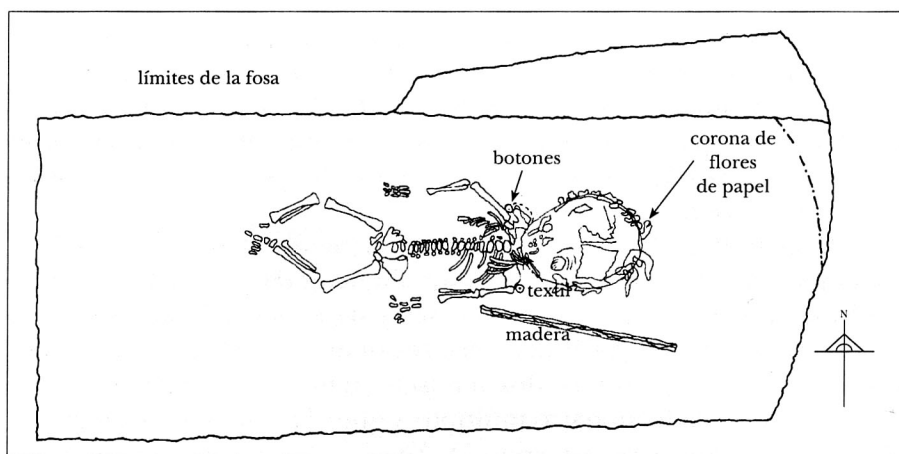


Figura 4. Entierro 4.

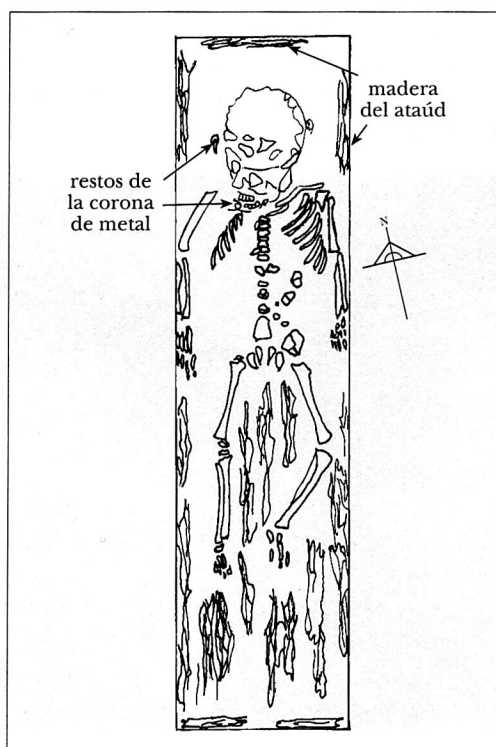


Figura 5. Entierro 7.

En la zona de los parietales de este pequeño se encontraron restos de alambre metálico que corresponderían a los restos de la corona mortuoria con la que fue enterrado el cadáver, elemento que podría formar parte del ajuar funerario de “angelito” (figura 6); con respecto al resto de la indumentaria, se localizó un botón de plástico cercano a la región torácica.

Entierro 9. Justo en el centro del cementerio, localizamos tres esqueletos que fueron enterrados simultáneamente, las edades de los individuos se estimaron entre los cinco y siete meses de gestación. La presencia de estos pequeñitos en el interior de una caja de madera hace suponer que fueron enterrados al mismo tiempo, que probablemente fueron producto de un parto múltiple, y que el nacimiento prematuro dificultó su sobrevivencia (figura 7). Además del ataúd de madera que resguardó a los cadáveres, se recuperaron fragmentos de alambre de cobre, pequeñas florecillas y cuentas de vidrio (chaquiras) que pudieron formar parte de un rosario o de las coronas de los “angelitos”.

Entierro 12. También en el centro del cementerio se excavó la Tumba 1 (figura 8); en primera instancia se recuperaron los restos de un feto a término (de ocho meses de gestación +/- dos meses). En esta



Figura 6. Acercamiento del entierro 7, junto al cráneo y por encima de las costillas derechas se observan restos de la corona de metal.

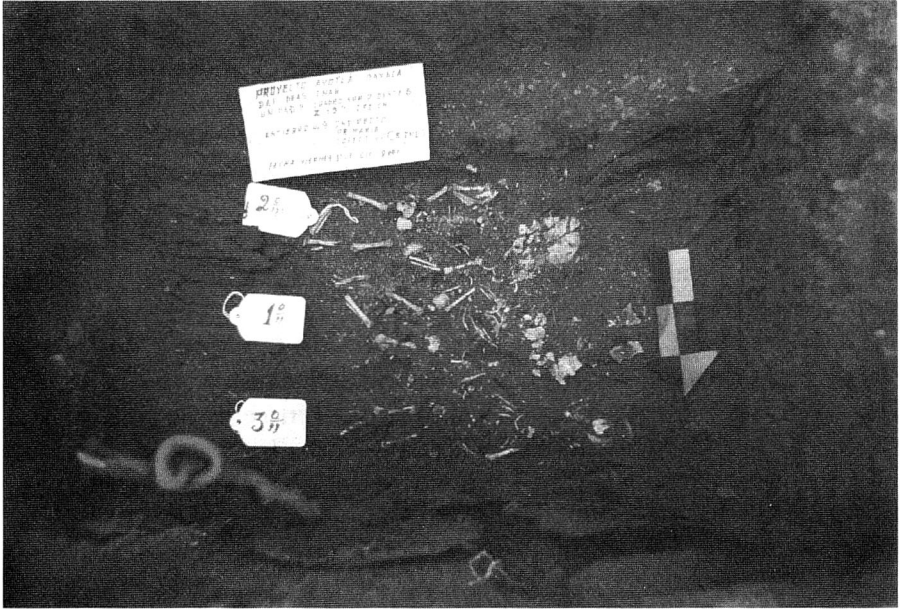


Figura 7. Entierro 9. Entierro múltiple formado por tres individuos perinatales.



Figura 8. Tumba 1.

ocasión no se registró la presencia de ataúd o caja alguna que contuviera los restos. El esqueleto estaba directamente sobre la superficie de la tierra, en posición dorsal extendida, con los brazos extendidos a los costados; las extremidades inferiores presentaban un ligero arqueamiento, correspondiente a la posición que mantienen los recién nacidos (figura 9). La carencia de ataúd contrasta con la magnitud de la lápida que cubría al muerto, de forma cuadrangular y elaborada con mampostería, no presenta adorno ni leyenda alguna, sólo señalaba la presencia del pequeño allí sepultado.

Entierro 15. Como tercer caso, localizado también en el centro del cementerio, contamos con la presencia de los restos (cráneo, miembros superiores y tórax) de un individuo de entre dos y cuatro años de edad. El cadáver fue depositado en posición dorsal extendida, con los brazos extendidos y colocados a los costados, directamente sobre la tierra, la fosa fue excavada de tal forma que imita la anatomía del cuerpo: asemeja un sarcófago de tierra donde colocaron el cadáver

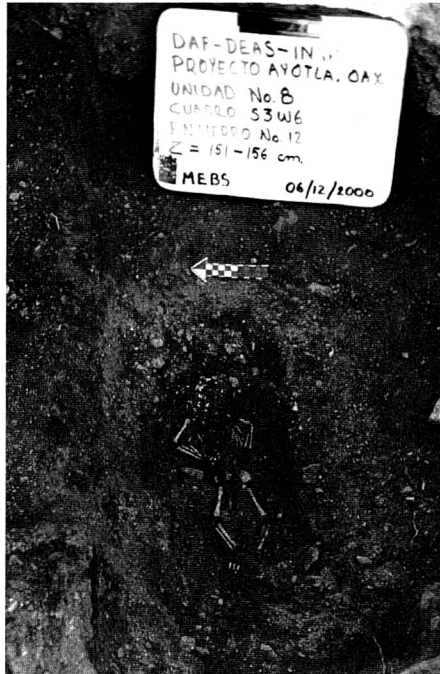


Figura 9. Entierro 12.

del infante. Del atavío funerario recuperamos los restos de una corona de alambre de cobre. La reutilización del espacio funerario afectó la conservación íntegra del esqueleto, ya que los miembros inferiores fueron removidos cuando posteriormente inhumaron el cadáver de un adulto.

Entierro 18. Se trata de un individuo de entre 2 y 4 años de edad, fue colocado en el interior de un ataúd de madera, en decúbito dorsal extendido, con las extremidades superiores e inferiores extendidas. Como parte del ajuar funerario se recuperó un botón de cobre que estaba a la altura de la región torácica (figura 10).

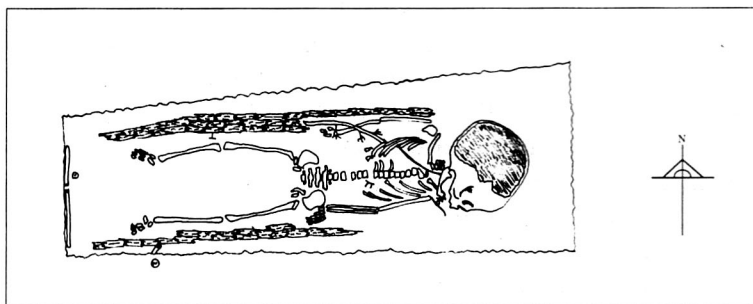


Figura 10. Entierro 18.

LA TRADICIÓN DE LOS VELORIOS DE ANGELITOS EN MÉXICO

*Coronita me has pedido,
coronita te he de dar
Despedida de angelitos*

Aunque no podemos determinar la causa de muerte de ninguno de estos pequeños, podríamos elucubrar que quizás fue el bajo peso al nacer, o bien muerte súbita; esta última puede ser por demás traumática para aquellos que les sobreviven, sobre todo para las madres, quienes a menudo son presa de angustiosos sentimientos de culpa (Thomas, 1999: 32). Sin embargo, aunque desconozcamos la causa del deceso, contamos con diversos elementos indicadores del ritual regido por la iglesia católica dedicado al fallecimiento de los niños; éstos han sido descritos por Márquez y González (1985) en las exploraciones realizadas en un convento yucateco; además contamos con

la tradición oral y fotografías que presentan los cuerpos de estos angelitos ensarzados entre flores y ropones.

Se llama “angelito” a quien murió después de bautizado y antes de tener “uso de razón”. Así, la palabra “angelito” pone de manifiesto, por un lado, la pureza extrema de este pequeño ser, libre ya del pecado original por el bautismo recibido; por otro, la firme convicción de que el niño, debido a su corta edad, entrará de manera inmediata al paraíso (Aceves, 1992: 27-28).

Aceves (*op. cit.*) menciona que la costumbre de vestir de angelitos a los niños muertos se encuentra institucionalizada desde la época colonial y se mantuvo por lo menos hasta la sexta década del siglo XX. Además del complejo cortejo fúnebre que acompaña la pérdida de los pequeños (velación acompañada de comida, bebida, música, cohetes y profusión de flores), destaca el momento en que los padrinos del niño ciñen la pequeña cabeza con una corona de flores. La corona tiene un significado simbólico particular: formaliza la entrada de las almas puras al reino de los cielos, símbolo a su vez de la virginidad de los que la portan. La corona de flores colocada en la cabeza es señal de lo que es perfecto, de lo que se encierra en sí mismo.

En los enterramientos infantiles explorados en el cementerio de San Nicolás Ayotla se hace patente la presencia de restos de coronas si no en todos los casos, por lo menos en aquellos individuos más pequeños, los recién nacidos y los que llegaron a sobrevivir uno o un par de años. Si bien no todos los cuerpecitos se depositaron en ataúdes o están anunciados por edificaciones fúnebres *exprofeso*, sí denotan un ritual funerario donde se aprecia el sentir de sus familiares, quizás las diferencias que se manifiestan en la conformación de monumentos o en la variedad del atuendo se relacionen con el poder adquisitivo de los deudos.

ALGUNOS ASPECTOS TAFONÓMICOS

Los ataúdes, de forma rectangular, se elaboraron con madera y se unieron y remacharon con clavos de metal. En ninguno de los casos se evidenció la presencia de elementos decorativos, a excepción de pequeños fragmentos de papel que conformaron parte del forro del

ataúd. La manufactura de los ataúdes y su proceso de descomposición, permitió que el relleno de la fosa se mezclara con los restos óseos casi al mismo tiempo que ocurría el proceso de esqueletización. De esta forma, hallamos entremezcladas porciones de madera correspondientes a la tapa de la caja con el esqueleto e incluso con la madera que formaba el fondo del ataúd. Además de que no presenciamos efectos del “espacio vacío”, visible en otros enterramientos en donde hay ataúdes en los que se aprecia la desarticulación de segmentos óseos (Duday, 1997). La perturbación más tangible fue aquella relacionada con el colapso de la tapa del ataúd, que ocasionó la ruptura de los huesos faciales, sobre todo en los entierros 3 y 4.

Un elemento recurrente en este cementerio se relaciona con la reutilización del espacio funerario; en más de una ocasión se hicieron evidentes los casos de reducciones y desarticulación de esqueletos ante la necesidad de inhumar nuevos muertos. Los casos más sobresalientes son aquellos que involucran a los entierros 7, 15 y 18.

En el primer caso (entierro 7 y 8), el acto de inhumar al pequeño provocó la perturbación de un enterramiento anterior, conformado por los restos de un sujeto adulto masculino. La elaboración de la fosa del pequeño provocó la desarticulación del cráneo y del coxal izquierdo del adulto. Ante tal desavenencia el cráneo fue colocado junto a los pies de este sujeto (figura 11), mientras el coxal se integró a la parte del relleno de la fosa del infante.

Cuando se inhumó el cadáver del entierro 18, se perturbó al esqueleto de un individuo adulto de sexo masculino. En este caso se perdieron los huesos correspondientes a las extremidades inferiores y cintura pélvica, y se afectó hasta la región dorsal. En las costillas de este sujeto (entierro 17, figura 12) se aprecian fracturas *postmortem*, ocurridas aún en el hueso fresco, semejantes a las fracturas del tipo “rama verde”, lo que nos sugiere que la reapertura de esta fosa se realizó cuando el cuerpo ya no era propiamente un cadáver sino el esqueleto, pero aún conservaba cierta elasticidad en los huesos.

El esqueleto del infante del entierro 15 sufrió las consecuencias de la reutilización de las tumbas. La intrusión provocada por la actividad humana destruyó el esqueleto poscraneal a la altura de la cintura pélvica. Dicha intrusión debió ocurrir cuando ya se habían perdido los tejidos blandos, lo que permitió que se separaran fémures, sacro y coxal del resto del cuerpo.



Figura 11. Entierro 8.

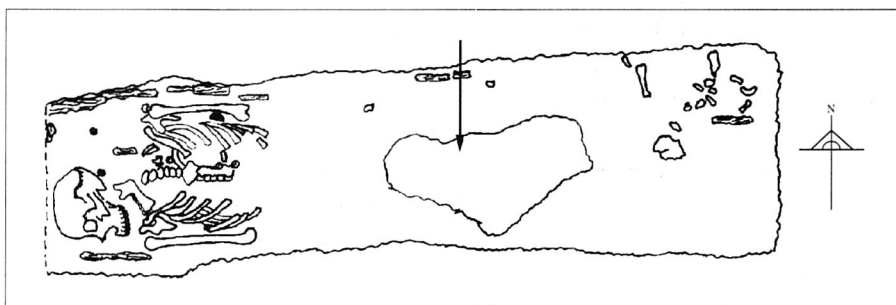


Figura 12. Entierro 17. Intrusión provocada para enterrar al sujeto del entierro 18.

Mención especial merece el caso del entierro 12, pues aunque hay estudios acerca de la remoción de esqueletos, piezas o segmentos óseos provocada por pequeños roedores (*cf.* Lyman 1994: 193-195), dichos trabajos se han centrado en la descripción de los procesos de arrastre, almacenamiento y destrucción de huesos no humanos, por lo que no se han analizado los cambios ocasionados en el esqueleto

por la presencia de dichos animales. El esqueleto de este recién nacido presentó destrucción de la región facial de tipo mecánico, sin embargo, la presencia de una galería que comunicaba una madriguera con la zona de almacenamiento de comida, provocó la pérdida de los huesecillos del pie derecho, que desaparecieron por la acción de un roedor. Así, dentro de la misma sepultura, más allá de las paredes internas de una fosa de tierra o entre la argamasa de la lápida, las paredes de tierra húmeda, los ladrillos y piedras que franquean el sepulcro, encontramos la repentina o lejana presencia de una rata que corretea mientras desciende hacia su madriguera, sale en busca de alimento, persigue en celo a su pareja, su alimento, a su enemigo o a sus crías.

El roedor conocía el túnel que atravesaba por debajo de la lápida y emergía hacia la superficie: el aire se volvía más fresco, goteaba agua de las paredes, los pasadizos se volvían más húmedos y resbalosos. Más tarde, las galerías subterráneas contaban con nuevos objetos. En ese punto, la madriguera y sus vasos comunicantes comenzaban a cambiar en su recorrido; en alguna parte, una pared calcárea y frágil cedía, un fragmento de hueso se convertía en camino adoquinado de un nuevo paso subterráneo; pero para el roedor sólo existía el largo descenso en la obscuridad, como si fuera una piedra cayendo en un pozo, junto a los restos mortales del pequeño...

COMENTARIOS FINALES

En diversas excavaciones la presencia de esqueletos humanos es uno de los aspectos más escabrosos, pero al mismo tiempo más atractivos tanto para los investigadores como para el público en general. Así tenemos que los restos humanos suelen encontrarse como parte de ofrendas, sacrificios, oblaciones, rellenos arquitectónicos, basureros o en contextos netamente funerarios. Sin embargo, las evidencias de prácticas culturales en torno al cadáver son difíciles de identificar, por diferentes motivos; pero dentro de los factores principales que impiden acceder a su análisis se encuentra el estado de conservación de los huesos y el empleo de la metodología adecuada durante los procesos de excavación, embalaje y curaduría posterior de los huesos en el laboratorio. Es por esto que hacemos hincapié en la necesidad

de que participen antropólogos físicos capacitados en los diferentes proyectos arqueológicos desde el momento de la elaboración de los planes de trabajo y en las subsiguientes temporadas de recorrido de superficie y de excavación. Ello con el propósito de que el osteólogo trate de identificar las diferentes condiciones tafonómicas que determinarán el estado de conservación de los esqueletos, y elabore estrategias de excavación y recuperación de los elementos, prevenga la necesidad de uso de consolidantes y el tipo de embalaje adecuado y para que, principalmente, logre recuperar en campo la mayor información posible.

REFERENCIAS

ACEVES, GUTIERRE

- 1992 Imágenes de la inocencia eterna. El arte ritual de la muerte niña, *Artes de México*, 15: 27-47.

DUDAY, HENRY

- 1997 Antropología biológica de "campo", tafonomía y arqueología de la muerte, Elsa Malvido, Grégory Pereira y Vera Tiesler (coords.), *El cuerpo humano y su tratamiento mortuario*, Colección científica, INAH, México: 91-126.

LYMAN, R. L.

- 1994 *Vertebrate taphonomy*, University Press, Cambridge.

MÁRQUEZ, LOURDES Y NORBERTO GONZÁLEZ

- 1985 *Las momias de la iglesia de Santa Elena, Yucatán*, Colección científica, 142, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

THOMAS, VINCENT

- 1999 *La muerte*, Altaya, 41, Barcelona.